

UN ESTUDIO SOBRE EL TEATRO DE LOS HERMANOS ÁLVAREZ QUINTERO

JOSÉ MANUEL VIDAL ORTUÑO

Resumen:

Este artículo analiza detalladamente el libro de Mariano de Paco titulado *El teatro de los hermanos Álvarez Quintero*, publicado recientemente en Murcia.

Palabras claves:

Serafín Álvarez Quintero, Joaquín Álvarez Quintero, Mariano de Paco, Historia del teatro español, Teatro español del siglo XX.

Abstract:

This paper analyses the book *El teatro de los hermanos Álvarez Quintero* in detail, published in Murcia by the writer Mariano de Paco.

Key words:

Serafín Álvarez Quintero, Joaquín Álvarez Quintero, Mariano de Paco, Spanish Theater History, Twentieth-Century Spanish Drama.

Mariano de Paco, catedrático de la Universidad de Murcia, es sobradamente conocido como especialista en el teatro español contemporáneo. Sus trabajos, sus acertados trabajos, sobre Buero Vallejo, García Lorca, Valle-Inclán o Jacinto Benavente avalan, por sí solos, esta afirmación. Ahora, la Universidad de Murcia –en su prestigiosa colección Editum– le ha publicado *El teatro de los hermanos Álvarez Quintero* (2010), donde estudia a unos autores cuya producción –afirma su autor– ha de ser valorada «por lo que es y por lo que representó en su momento, no por lo que creamos que debió haber sido». Por su parte, el profesor Rogelio Reyes Cano, desde las páginas del prólogo, rompe una lanza por estos dramaturgos «tantas veces juzgados apresuradamente», sobre los que ha caído «un manto de silencio del todo injusto», a la vez que alaba este minucioso trabajo del profesor De Paco por su «rigor científico», lo que lo convierte en «el más sistemático análisis crítico que hasta el momento se ha hecho sobre ellos».

Comienza con una semblanza biográfica de los dos autores, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, quienes, con una obra que supera los doscientos títulos, llenaron medio siglo de la escena española: desde 1888 (fecha del estreno de su primera pieza, *Esgrima y amor*) hasta 1938 (año en que murió Serafín). Un paréntesis, de por sí amplio, que aún ha de ensancharse unos años más, puesto que Joaquín siguió firmando sus obras, hasta el final de sus días, con el nombre del hermano fallecido. Como bien han señalado los críticos –entre ellos, Ramón Pérez de Ayala–, con los Álvarez Quintero nos encontramos ante un caso, sin parangón, de «gemelismo literario».

En esos cincuenta años, estos dramaturgos fueron capaces de crear una fórmula teatral que rápidamente conectó con el público y con buena parte de la crítica. Mariano de Paco señala, con acierto, cómo los propios autores teorizaron acerca de su teatro en *El patio* (1899): ofrecer una acción sencilla, en contraposición con los complicados argumentos del teatro de la época, y buscar siempre entre los sucesos más cotidianos y corrientes. Una levedad argumental, que alguna vez ha sido puesta en relación con el teatro de Chéjov; aunque a un director tan prestigioso como Miguel Narros, a la altura de 1991 (año de su montaje de *Las de Caín*), el teatro de los Quintero le resultaba completamente alejado «de otros autores de esta misma época que fueron grandes renovadores del teatro como Ibsen, Chéjov, Strindberg». A esa sencillez cabe sumar la elección, por parte de los Quintero, de su tierra natal como escenario más recurrente –llegando, incluso, a la idealización– y el caracterizar a sus gentes por el habla de su tierra, aspectos en los que Mariano de Paco se detiene, con el fin de desmontar tópicos, en el capítulo «Andalucía y andalucismo».

Lo que está fuera de toda duda es que los hermanos Álvarez Quintero tuvieron la fortuna de alcanzar el éxito en vida y el beneplácito de las instituciones. Fue, sobre todo, a partir de la década de los 20. La Real Academia Española les abrió sus puertas: a Serafín en 1920; a Joaquín, cinco años después. Les brindaron un home-

naje nacional en 1928. Fueron nombrados hijos ilustres de Utrera, su pueblo natal; hubo monumentos en Sevilla (Parque de María Luisa) y en Madrid (Parque del Retiro).

Tampoco Murcia quiso escapar a tales homenajes; tuvo lugar el suyo en octubre de 1930, según podemos leer en las páginas de *ABC* del 26 de octubre. Durante unos días del otoño murciano, los comediógrafos visitaron la ciudad (catedral, diversos templos, Iglesia de Jesús, Iglesia de San Andrés...); la Sociedad Económica les ofreció un banquete, «saludándoles a los postres el presidente de la entidad, Sr. Díez de Revenga»; estuvieron en la hacienda de un político (la del exministro D. Isidoro de la Cierva, «donde se recitaron romances panchos del inolvidable Frutos Baeza»). Y por la noche, en el Romea, «que presentaba aspecto brillantísimo», se pusieron en escena una comedia (*Doña Clarines*) y un entremés (*Lo que tú quieras*), a cargo de «distinguidos jóvenes de la localidad». Finalmente, D. Isidoro de la Cierva pronunció una elocuente salutación a los Quintero, pidiéndoles que hicieran «una obra de ambiente murciano».

En los capítulos siguientes, Mariano de Paco da un repaso a la valoración que la crítica ha hecho del teatro de los Quintero, en su tiempo, primero, y de la posguerra hasta nuestros días, después. Opiniones más favorables que desfavorables entre sus coetáneos. Alabanzas, por ejemplo, del siempre riguroso Clarín, quien vio en el teatro de los andaluces una «nota nueva, rica, original, fresca, espontánea y sencilla», con abandono de los excesos del argumento folletinesco, que tanto agradaba al público de entonces (y acaso también al de hoy). Antipatía, en cambio, la de Pío Baroja, quien empezaba su crítica sobre *La dicha ajena* con el contundente aserto de «No tengo, la verdad, gran simpatía por la obra, ya extensa, de los Sres. Álvarez Quintero», y ello era así porque (continuaba Baroja) «hay un fondo de moralidad burguesa, un vuelo de fantasía tan corto, que molesta». Y aún más negativa resulta la opinión de Valle-Inclán, quien decía que, para renovar el teatro que se hacía en España, habría que empezar «por fusilar a los Quintero». No olvidemos, sin embargo, que Azorín les dedicó todo un libro, *Los Quinteros y otras páginas*, y que hablaba de su teatro como el teatro de la bondad, un marbete que, alguna vez, ha servido para calificar la producción dramática de otros autores posteriores, tanto españoles (Alejandro Casona) como extranjeros (Jean Giraudoux).

Entre 1940 y 1950, con una dictadura como telón de fondo, hay todavía una revalorización de los Quintero. Sus obras, que cuentan con el *nihil obstat* de la censura, se adaptan al cine; hay una Asociación de Amigos de los Quintero, patrocinadores de un concurso literario de piezas teatrales breves (que, en 1949, gana un desconocido Antonio Buero Vallejo con *Las palabras en la arena*). Y al ingresar en la Real Academia, Juan Ignacio Luca de Tena leerá su discurso *Sevilla y el teatro de los Quintero*; poco después (1950) escribirá la deliciosa pieza *Malvaloca y Consolación*, apropósito en un acto, en el que dos personajes quinterianos –muy

azorinianamente— se reencuentran después de unos años para contarse qué ha sido de sus vidas. A partir de aquí, las críticas arrecian durante las décadas de compromiso social; y como comprobante cabe citar la obra titulada *La Andalucía de los Quintero*, de José María Rodríguez Méndez. Ya en nuestros días, los juicios más meditados vienen casi siempre de la mano de grandes estudiosos del teatro (Francisco Ruiz Ramón, Felipe Pedraza, Milagros Rodríguez Cáceres, César Oliva y el propio Mariano de Paco).

A continuación, con ese método de análisis tan riguroso del que hemos hecho mención antes, el profesor De Paco va a estudiar una muestra amplia y representativa del teatro de los Quintero, dividiéndolo en cuatro apartados: el género chico, las comedias, dramas y poemas dramáticos, y por último, las adaptaciones. En cada caso, se estudian las obras, se habla de los montajes (del estreno y de otros posteriores que hayan suscitado algún interés) y, sobre todo, se repasan las críticas de los estrenos, lo que supone un admirable trabajo de hemeroteca.

Alaba Mariano de Paco —como no podía ser de otro modo— el teatro breve de los hermanos Álvarez Quintero, los sainetes, que suponen, más o menos, la mitad de su producción. Con total justicia, los declara herederos de don Ramón de la Cruz, el gran sainetista del Setecientos. Apunta, además, una técnica muy de estos dramaturgos: que «en los textos de mayor extensión hay fragmentos susceptibles de ser considerados “sainetes”». Destaca y analiza —como ya hiciera el 2007 en su edición para Castalia— *El ojito derecho*, cuya acción se desarrolla *a tiempo real*.

El repaso por las comedias es más amplio, para llegar a conocer mejor esa fórmula dramática de los autores andaluces. Así, *El patio* queda caracterizado por su levedad argumental, lo que hacía exclamar a algún crítico de la época —como el de *El País*— que «lo que se llama argumento es lo de menos allí» y, según A. Luna (de *El Heraldo de Madrid*), lo que allí se representa es «el vivir corriente y moliente». Una levedad argumental que también caracteriza a ciertas novelas de 1902. Entre los temas, destaca uno por recurrente: la necesidad de casar a las hijas, presente en comedias como *Las de Caín* (1908) y la siempre alabada *Puebla de las mujeres* (1912), la obra maestra de los Quintero, según Azorín. Sin embargo, la reposición de algunas de estas comedias ha reavivado los juicios negativos de antaño; así ante el montaje de *Las de Caín*, en 1992, dirigido por Juan Carlos Pérez de la Fuente, un crítico como Javier Villán escribió que esta pieza «pudo tener justificación en tiempos de una sociedad subdesarrollada, mas carece del mínimo interés para una sociedad que se supone que ha entrado en la modernidad».

Por el contrario, lo que en su día pasó desapercibido o cosechó malas críticas, es o puede ser —según Mariano de Paco— lo que podría suscitar un mayor interés hoy. Se refiere el mencionado crítico a *Novelera* (1928). La obra gira en torno a una enigmática mujer que aparece en la vida de una familia y cuyo pasado supone un

misterio. Se trata, además, de una obra «donde (y son palabras del profesor De Paco) los huecos sustituyen a las sólidas explicaciones y la imprecisión de los límites, a las certezas»; de ahí su «modernidad» –continúa diciendo– que entra en relación con un teatro de vanguardia «donde lo que prima es dejar campo libre a la imaginación del lector-espectador».

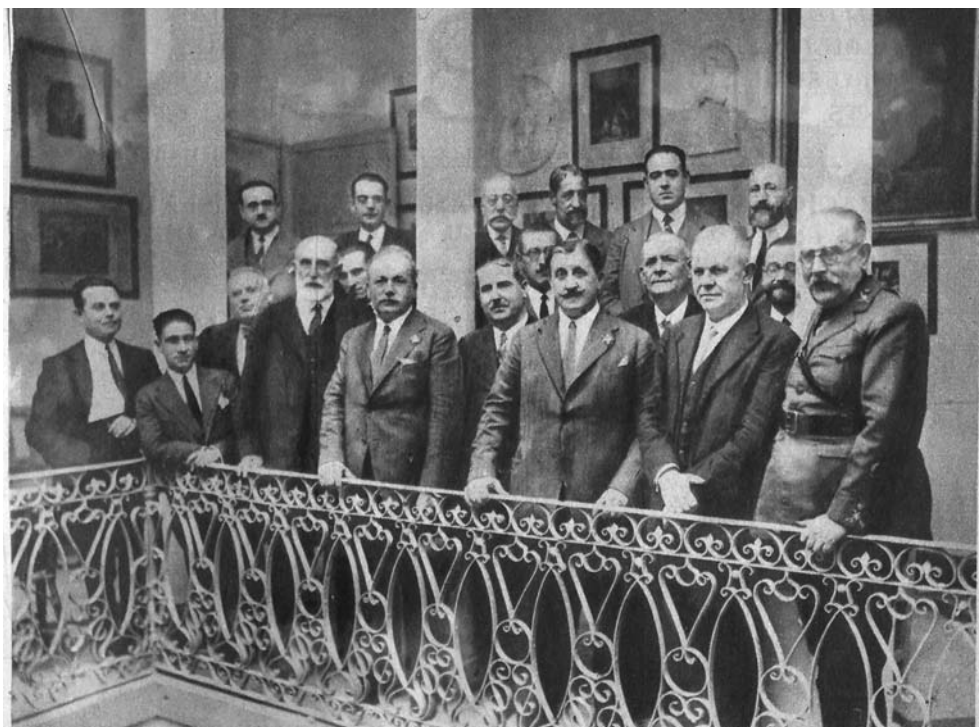
En cuanto a los dramas de los Quintero, estos no pasan de la decena, pero, sin lugar a dudas, entre todos sobresale *Malvaloca* (1912). Este título gozó de la predilección de sus autores, del público y de la crítica; fue premio de la Real Academia y lo interpretaron actrices de primera fila, como la gran María Guerrero. Como muchas obras del teatro clásico, tuvo su origen en una breve composición lírica. Su argumento –tan relacionable con Galdós, siempre defensor de un *hombre nuevo*– trata de cómo los enamorados Leonardo y Malvaloca han de hacer frente a la murmuración y a los prejuicios sociales. En torno a su estreno en Méjico, Mariano de Paco incluye una curiosidad: «se presentó en la Ciudad de México simultáneamente en dos teatros, el aristocrático Colón y el popular Díaz de León. Dos admiradas actrices, Prudencia Grifell y María Luisa Villegas rivalizaban en su interpretación y los públicos de ambos coliseos pasaban de uno a otro».

Concluye este exhaustivo trabajo con un apartado dedicado a las adaptaciones teatrales, y entre todas ellas sobresale *Marianela* (1916), versión teatral de la novela homónima de Benito Pérez Galdós. Quedaba así satisfecho el viejo deseo del autor de ver su obra subir a los escenarios –deseo que no pudo o no quiso cumplir Valle–. El estreno fue ofrecido a otra grande de la escena, Margarita Xirgu. Al mismo acudió un Galdós anciano y casi ciego. El éxito unánime de la obra se debió –al decir de Mariano de Paco– «a la cuidada y fiel versión para la escena de una excelente novela, a la extraordinaria labor de la actriz protagonista, a la unión de las figuras de Galdós, los hermanos Quintero y Margarita Xirgu, que tanto atrajeron al público de *Marianela*».

Cierran el libro que comentamos una bibliografía, actualizada, y unos muy útiles apéndices. Dentro de la bibliografía figuran los trabajos recientes que, sobre los Quintero, ha ido realizando Mariano de Paco, en especial su edición para Castalia de tres títulos (*El ojito derecho, Amores y amoríos, Malvaloca*, 2007). También queda constancia de las críticas a los estrenos de la época, que acompañan al estudio de cada obra (apartado «Críticas de prensa»). Se hace, además, una relación de todas las obras de los Quintero, señalando la fecha y el lugar de su estreno, datos de indudable interés para cualquier estudioso del teatro de esos años.

El libro está bellamente ilustrado, empezando por la portada, que reproduce el boceto que, en 1960, diseñó el murciano Vicente Viudes para el reestreno de *El genio alegre*, el cual se conserva en el Museo Nacional del Teatro. Hay, asimismo, muchas fotografías (de los autores, de los distintos montajes, de actores...) y grabados que en su día se publicaron en el *ABC* o el *Blanco y Negro*.

En definitiva, es *El teatro de los hermanos Álvarez Quintero*, de Mariano de Paco, un trabajo serio y riguroso, indispensable para todo especialista del teatro contemporáneo. Y a nosotros, los lectores, nos permite volver la vista atrás, con cierta nostalgia, hacia unos dramaturgos que, después de ver o leer sus obras, siempre supieron dejarnos con una sonrisa en los labios.



MURCIA. HOMENAJE A LOS HERMANOS QUINTERO

LOS ILUSTRES ESCRITORES DESPUES DEL BANQUETE CON QUE FUERON OBSEQUIADOS POR LA REAL SOCIEDAD ECONOMICA DE AMIGOS DEL PAIS. (FOTO ORTEGA)

24 de octubre de 1930. Homenaje a los hermanos Álvarez Quintero en la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Murcia. Flanqueado por los dos dramaturgos, su presidente, Emilio Díez de Revenga Vicente, y a la derecha de ellos el exministro Isidoro de la Cierva, junto a las autoridades locales: gobernadores civil y militar, alcalde y rector de la Universidad de Murcia. En la segunda fila, entre otros, José Ballester y Andrés Sobejano.